

LA CABEZA DE LA SULTANA.



I.

**A**L hijo noble de Murad el grande,  
al gran Mahomet, lo mismo cuando vela  
que cuando al sueño halagador se rinde,  
un mismo pensamiento le atormenta:  
¡ Bizancio la imperial! siempre Bizancio!  
¡ glorioso fin de su ambición suprema!  
¡ Ah! ¡ Cuántas veces en su hermoso esquife  
que al repetido impulso que le prestan  
veinte poderosísimos remeros  
corta las aguas y en las aguas vuela,  
cuántas veces oyó sobre los aires  
los murmullos de zambras y de fiestas  
de la ciudad, y lejos, aun más lejos,  
cuántas veces miró, con cuánta pena,  
las cúpulas doradas que en sus ondas  
las corrientes del Bósforo reflejan!

Como noble caballo de combate  
al que incisivo tábano impacienta,  
el gran Mahomet, esclavo de sus ansias,  
de lograr sus designios desespera.

No se oculta al sultán que necesita  
de tropas fieles para tal empresa,  
y á sus bravos genizaros halaga,  
no ya con oro, sino á manos llenas;  
pero la fácil calma del reposo  
corrompidos los tiene y en pereza,  
y mientras más de su Señor consiguen,  
aun mucho más de su Señor deséan.  
Como en el mundo todo se concluye,  
del sultán acabóse la paciencia.  
Cansóse al fin de su trabajo inútil,  
cerró del gran harén las altas puertas,  
y en la paz encontró de las caricias  
alivio á las nostalgias de la guerra.

Como que fácilmente se corrompe,  
si la hostiga el furor, la soldadesca,  
pronto en sus filas el motín estalla,  
acompañado con feroz tormenta  
de imprecaciones fuertes y silbidos  
que en los muros altísimos se estrellan  
del soberbio palacio. Nadie puede  
ni entrar en él, ni pretenderlo apenas.  
Delante de sus muros imponentes

las indignadas turbas se congregan,  
las turbas de soldados sediciosos  
que crecen sin cesar, y que vocéan.

Dicense los soldados al oído  
que el vil Mahomet, el que sin pán les deja,  
bajo la sombra de jardín ameno,  
bajo el abrigo dulce que le presta  
bellísimo *kiosko*, donde cantan  
las más sentidas aves sus querellas,  
donde el ambiente vaga embalsamado  
con olor de clavel y de azucenas,  
donde los rayos de la luz se filtran  
lánguidamente, descuidado sueña.  
Que sobre mullidísimos cojines  
horas tras horas sin dormir se entrega,  
que dulce filtro dobla sus ensueños  
y disminuye su vigor, se cuenta.  
Dicen también, y sus injurias crecen,  
que dulce joven, pasmo de bellezas,  
con lascivas miradas le seduce  
y en prisiones de abrazos le encadena;  
y dicen que el sultán quiere tan sólo  
vivir, amar y padecer por ella.  
Dicen, al fin, que la guitarra siempre  
su tierna voz á sus palabras mezcla,  
y que entretienen las fugaces horas  
al dulce ritmo de canciones persas.

Y poco á poco suben los insultos,  
como la mar, si crece la marëa.

«¡Baldón mil veces al sultán protervo!  
¡Que mil veces le acabe la vergüenza!»  
dice la multitud, con el zumbido  
de moscas en verano.—¡«Muera! ¡muera!  
No reclamamos pretenciosas pagas;  
ambicionamos glorias, luchas, guerras!  
El gran sable de Osmán duerme en olvido;  
si no lo empuña valerosa diestra,  
se mancha con la herrumbre; solamente  
se afila cuando corta en la pelëa.  
Nuestro interés no rige nuestra furia.  
Propósitos más altos nos alientan.  
¡Ah! ¿le seducen peregrinos ojos?  
¿nos abandona? Pues ¡maldito sëa!  
Queremos verle sin tardar; hablarle;  
queremos que nos diga su respuesta.  
¡Que salga! ¡Que se muestre! ¡Que nos oiga!  
¡Nos consume justísima impaciencia!  
¡Pronto! ¡El sultán! ¿Nos trata como á perros?  
Abridnos pronto, sin tardar, las puertas;  
que si no, si persisten los engaños,  
sabremos destrozalas á la fuerza!»

Los gritos crecen cada vez, los puños  
se agitan más, la sedición aumenta;  
pero por más que los clamores suben,  
siguen cerradas las enormes puertas.

## II.

Khalil-pachá, visir de gran influjo,  
consiguió de su fuerte valimiento  
entrar en el recinto, sin embargo,  
donde Mahomet consume sus desëos.  
Insistió, para verle, para hablarle,  
y al fin lo consiguió, no sin esfuerzo.

Sobre un diván, tendido muellemente,  
en su retiro plácido y secreto  
Mahomet le recibió. Vagos perfumes  
lanzan allí graciosos pebeteros.  
Sobre las cuerdas de la guzla deja  
vagar Mahomet los indolentes dedos,  
y la hermosa que manda en sus caprichos  
con el más invisible de sus ruegos  
se reclina á sus pies, casi desnuda,  
en la piel de un león, y sus cabellos  
dan á sus formas, blancas y opulentas,  
sutil, airoso y delicado velo.

Inclinando el visir la altiva frente,  
y las robustas manos escondiendo  
entre las mangas, silencioso espera  
permiso para hablar.

«Si mi silencio  
 turba mi fiel visir—Mahomet le dice—  
 si turba mi feliz apartamiento,  
 ¿qué busca? ¿por qué viene? ¿qué desæa?  
 ¿qué le conduce á su Señor? ¿qué objeto?  
 ¿No sabes que descanso de mis cuitas?  
 ¡No escoges el mejor de los momentos!  
 ¡Es tan hermosa, tanto, mi sultana!  
 ¡Yo la decía tan hermosos versos!»

«¡Por Allah!—fuertemente le responde  
 Khali!—¡oh gran Mahomet, ilustre deudo  
 de tan ilustres príncipes, el hijo  
 del gran Murad, el valeroso, el recto,  
 aun peõr escogiste los instantes  
 para el placer y el ocio y los ensueños!  
 Aquí, junto á las puertas del palacio,  
 y en actitud de sedición revueltos,  
 se indignan tus soldados, y te llaman.  
 ¡Sal, pues, si te propones convencerlos!  
 ¡Que tu sola presencia les recuerde  
 que su deber impõneles respeto!  
 ¡Si te miran, podrás encadenarles!  
 ¡Si no por tí, por tu grandeza tiemblo!»

Mientras que de tal modo, gravemente,  
 le reprochaba su indolencia el viejo,  
 sonreía Mahomet, sin inmutarse,  
 á la sultana de los ojos negros.

Entonces ella, siempre tan hermosa,  
 temblando por su amor y por su dueño,  
 arrastrándose fué, y al fin llorando  
 se abrazó la infeliz contra su pecho.  
 Sus ojos le miraban con ternura  
 y le imploraban á la vez con miedo,  
 y en la opresión estrecha de su abrazo,  
 sobre su hermoso alabastrino cuello,  
 los cortantes bordados imprimía  
 del lujoso *caftán*, todo cubierto  
 de innúmeros rubíes, que acrecientan  
 la luz del sol si se derrama en ellos!

«Deja los sediciosos; no te asustes.  
 Yo los amansaré como corderos  
 —dijo el sultán.—Conozco mis genízaros,  
 y conozco su amor y su respeto.  
 No andábamos ha mucho muy acordes,  
 y me retraje. ¿Quieren verme? ¡Bueno!»

Levantándose entonces de repente  
 á Djem llamó, con imperioso gesto,  
 al eunuco nubiano preferido,  
 que prueba siempre del manjar selecto  
 que se destina á su Señor, que lava  
 las losas del brillante pavimento,  
 sobre el que extiende la mejor alfombra  
 del gran Mahomet, la alfombra de los rezos.

Á Djem llamó, con fuerza desligándose  
de aquel abrazo pertinaz y trémulo  
de la infeliz y peregrina hermosa,  
de la sultana de los ojos negros.

Á Djem habló, dos frases, por lo bajo,  
y en calma, ni medroso, ni altanero,  
como si no escuchase los murmullos  
de la revuelta, que cual largos ecos  
de los furios de la mar distante  
irritados llegaban desde lejos,  
seguido por Khalil, hacia el peligro,  
seguro de esquivarlo, fué derecho,  
por la escalera anchísima de pórvido  
del lujoso palacio descendiendo,  
por entre los dragones que la adornan,  
emblemas y testigos de su esfuerzo.

## III.

Zumba fuerte clamor. Sobre sus goznes  
giran las puertas del harén pesadas,  
y tras la bruma de átomos de oro  
que puebla el aire cuando el sol derrama  
sus rayos muy oblicuos, aparece  
ante los ojos de Mahomet, la plaza.  
Olas de brillantísimos turbantes  
allí con leve movimiento danzan.  
Las contempla Mahomet serenamente.  
Su varonil figura se destaca  
llena de sol, sobre el obscuro fondo,  
en la sombría y tétrica portada.  
Junto á los altos muros, imponentes,  
al pie de la soberbia escalinata,  
donde los fuertes grupos sediciosos  
se golpëan, se juntan y se amagan,  
los ojos le persiguen y le admiran,  
las bocas le saludan y le llaman.

Khalil sigue sus pasos con respeto.  
Djem al principio de su lado falta,  
más llega pronto. Con su cuerpo esconde  
un saco misterioso donde guarda  
sabe Dios qué.

Los gritos no concluyen;  
 más cada vez acrece la canalla.  
 Por ella con satánico desprecio  
 Mahomet extiende la feroz mirada,  
 y hacia las turbas, luego, da tres pasos.....  
 ¡y retrocedé la marëa humana!

«¿Qué me queréis?—les dice de improviso,  
 con voz terrible y breve—¿Quién me llama?»

Los sediciosos dudan, tiemblan. Todas  
 las insolencias á su voz desmayan.  
 Vago murmullo de las turbas sale.  
 Breve momento de sorpresa pasa.  
 Luego la voz terrible, nuevamente,  
 «¿Qué me queréis—pregunta—¿Quién me llama?»

De los primeras filas de las turbas  
 un soldado salió, de luenga barba  
 y continente austero. Tres puñales  
 á la cintura lleva, y en la cara  
 dos grandes y profundas cicatrices  
 que de lo duro de sus luchas hablan.  
 Es un fiel veterano, de los tiempos  
 de Bayezid-pachá. Su voz exclama:  
 «¡ Señor de los creyentes y læales,  
 cabeza gloriosísima, sagrada;  
 todas te pertenecen nuestras vidas,  
 todas tuyas serán, si las reclamas!

¡Señor de los creyentes! Por nosotros  
 ni te pedimos ni queremos nada.  
 Con luchar donde luches, ya nos honras.  
 Con morir donde quieras, ya nos basta.  
 Pero permite al viejo veterano  
 que por tí, por tu padre, por tu patria,  
 mil y mil veces arriesgó la vida  
 sobre el revuelto campo de batalla,  
 permítele que lleve á tus oídos  
 la augusta voz de la verdad amarga.  
 Dice tu pueblo que al placer te inclinas;  
 dice que infame seducción te arrastra,  
 y que en los brazos de mujer impura  
 de tus glorias te olvidas y tu fama.  
 Por todos tus genízaros, por todos,  
 mi fiel acento, gran Señor, te llama.  
 ¡Pruébale pronto que sus voces mienten!  
 ¡Pruébale pronto que su amor se engaña!  
 ¡Vuelve al combate y á la lid sangrienta!  
 ¡Monta el noble caballo que te aguarda!  
 ¡Pon el arnés sobre tu cuerpo ilustre!  
 ¡Sobre tu diestra la feliz espada!»

Y el sultán le responde: «Si no fueses  
 la prez y orgullo de tu noble raza,  
 ya con la propia sangre de tus venas  
 el suelo donde pisas encharcaras.  
 ¿Y piensas que un capricho solamente  
 logra mudar el rumbo de mis ansias?»

¿Piensas, oh pueblo ingrato, que los besos,  
 los pobres besos de infeliz esclava,  
 mi noble orgullo, mi valor constante  
 debilitan, corrompen y quebrantan?  
 ¡No se doma al león con las caricias,  
 ni con freno de flores delicadas!  
 ¡Vais á ver el ejemplo de sus furias!  
 ¡Vais á mirar la huella de sus garras!  
 ¿Y me acusáis? ¿A mí, forma visible  
 del poderoso Allah? ¡Torpes canallas!  
 ¡Hijos de perros! ¡miserables perros!  
 ¿Mi respuesta pedís? Pues bien... ¡tomadla!



## IV.

Dijo el sultán con varonil acento.  
 Y á Djem llamó, y en el profundo saco  
 de enrojados bordes, lentamente  
 hundió la diestra temblorosa mano.  
 Y ante la vista absorta de las turbas  
 una cabeza descubrió, sangrando.  
 La de la hermosa de los negros ojos,  
 partida por el cuello, de un sablazo.

Partida ferozmente, descubriendo  
 desde la nuca á la garganta el tajo;  
 envuelta en el desorden espantable  
 de los rojos cabellos desatados,  
 por donde, con salvaje complacencia,  
 la sostiene Mahomet en el espacio;  
 con los dientes al aire, contraídos,  
 y los ojos que aun miran con espanto,  
 se mueve la cabeza, se columpia,  
 su sangre generosa derramando  
 con fúnebre insistencia, poco á poco,  
 sobre las losas de pulido mármol.

La turba inquieta con horror la mira.

Sigue la sangre hirviendo gotéando.

¡Y el sol, viejo testigo de los crímenes,  
que se acercaba entonces á su ocaso,  
derramó de improviso por los aires  
ondas crecientes de sangriento rastro!  
El horizonte inmenso, el mar de Mármara  
del fúnebre reflejo se llenaron.  
El sol, como un semblante, parecía  
llorar, sangrientamente. ¡Los espacios  
donde flotaban vaporosas nubes;  
el círculo de bosques apartados;  
el puerto donde fingen grandes selvas  
buques mil, con sus jarcias y sus palos;  
más lejos la ciudad; los minarettes,  
donde resuenan religiosos cantos;  
las cúpulas doradas y grandiosas;  
las casas y mezquitas y palacios;  
hasta el mismo sultán, de pie, delante  
de las enormes puertas del serrallo,  
todo, todo á la par, súbitamente,  
se matizó de rojo, presagiando  
la sangre que Mahomet derramaría  
en pronta guerra y en futuro estrago.

Pero, sin ver el símbolo espantoso,  
el cobarde y abyecto populacho  
al príncipe verdugo saludaba  
con gritos de frenético entusiasmo!

Y «¡Allah!» decía con salvaje furia,  
¡y el nombre ilustre del Profeta santo!  
Los infames genízaros gritaban,  
á los pies del sultán arrodillados,  
ó en sus flotantes ropas imprimían  
besos y besos, con infames labios.  
Ya, después, el sultán, de los extremos  
de tan salvaje amor se fué cansando,  
y al fin, como lanzádoles su presa,  
lejos, muy lejos, con forzado brazo  
arrojó la cabeza de la hermosa  
á los sangrientos aires!.....

¡Gritos bárbaros  
de salvaje furor correspondieron  
desde la plaza, por tan vil regalo!  
Mahomet volvió los encendidos ojos  
á su viejo visir, y por lo bajo  
mostrándolè su pueblo que rugía  
más que nunca feliz y más su esclavo,  
«¿Los ves?—le dijo con furor.— Ahora,  
dime, ¿no me conquistan á Bizancio?»

